

# MARE NOSTRUM: EL MAR DE ROMA

Alberto Bárcena Pérez

## 1. Antes de Roma

Cuando la fundación de Roma, allá por el siglo VIII antes de Cristo, el Mediterráneo era un mar cargado de historia que había visto nacer y desarrollarse, cuando no extinguirse, a las mayores civilizaciones que han configurado la Historia universal ; en su extremo oriental africano el viejo reino de los Faraones iniciaba su lento declive que le llevaría, cuatrocientos años más tarde, a convertirse en el reino helenístico de los Ptolomeos. Egipto mantenía intacta su asombrosa cultura, dos veces milenaria, pero nunca volvería a ser lo que había sido mil años atrás ; en el levante, el Reino de David y Salomón, se había dividido en los de Israel y Judá, que conocían una franca decadencia mientras se propagaba el culto de Baal con la oposición del profeta Elías, que exhortaba a los hebreos a volver a la obediencia de Yavé que había liberado a sus padres del cautiverio de Egipto y les había conducido hasta “la Tierra Prometida”, mientras las ricas ciudades de Tiro y Sidón padecían el acoso del Imperio Asirio, que obligaría a los fenicios a buscar nuevos asentamientos en el extremo opuesto del Mediterráneo, dando origen a la fundación de Cartago, injerto asiático (púnico) en Occidente donde llegaría a ser la gran rival de la joven Roma en plena expansión. En el Egeo, por fin, se iban sucediendo, llenas de originalidad, las culturas que alumbrarían la Grecia clásica, madre indiscutible de la civilización occidental ; los refinados minoicos habían sido invadidos por los micénicos que lograrían imponer a todos los griegos, del continente y de las islas, una monarquía absoluta, creando el marco histórico y cultural en el que Homero, siglos más tarde, situaría la acción de sus grandes obras literarias ; la *Iliada* (la canción de Troya) y la *Odisea* que nos traen los ecos de un mundo heroico en el que distinguimos ya algunos de los ideales que han sido en Europa exaltados como una constante histórica hasta tiempos muy recientes. Todo un conjunto de costumbres, creencias y mitos que se habrían perdido sin él. La labor de los arqueólogos habría sido mas ardua y nada, en la literatura europea, habría sido igual. Los dorios, al asolar toda Grecia, terminaron con aquel mundo, abriendo, con su barbarie, la edad oscura.

Pero en aquel siglo VIII a. C. los griegos, encastillados en sus “*polis*”, ensayaban todos los sistemas de gobierno imaginables, y el pueblo (“*demos*”) irrumpía por primera vez en la Historia a través de las Asambleas populares. Se abría paso el primer “humanismo” que convertiría a Grecia en la cuna de la Filosofía dos siglos más tarde. Pero antes, el Mediterráneo era surcado por las embarcaciones griegas, procedentes de distintas “*polis*”, que establecían, en aquel mismo siglo, un rosario de colonias en el Occidente europeo, llevando su

cultura hasta las columnas de Hércules. Se asentaron sobre todo en el sur de Italia que pronto sería, por ello, conocida como la *Magna Grecia* y en Sicilia, codiciado granero, se encontrarían con los cartagineses que desde su base africana aspiraban a crear, apartándose de las tradiciones de sus ancestros fenicios, un imperio occidental y militarista. Ciertamente aquella parte del Mediterráneo no había conocido el esplendor de su zona oriental más que como un eco de las culturas superiores que allí habían llegado en busca de materias primas, beneficiando con múltiples aportaciones a los países ribereños occidentales donde aún no había surgido ningún imperio que les diera unidad y pusiera trabas al establecimiento de los colonizadores. Roma y Cartago se disputarán aquel espacio seiscientos años después. Para la primera, que resultó vencedora, sería tan solo un paso más, decisivo desde luego, para el dominio del mundo.

## 2. La ciudad de las siete colinas

La fundación de Roma, en realidad la unificación de las aldeas establecidas en sus siete colinas, tiene una fecha oficial, el 21 de Abril del 750 a.C., que los romanos celebraron durante siglos creyendo en su exactitud, como creían también, aproximadamente, en sus dos mitos fundacionales: la leyenda de Rómulo y Remo y la llegada de Eneas, un héroe troyano, hijo de Venus (Afrodita), a las costas del Lacio con el designio de fundar Alba Longa, la ciudad de la que Roma traía su origen legendario. Dado que la Eneida, en la que Virgilio narra éstos hechos, (inspirándose en Homero naturalmente) fue escrita durante el reinado del que podemos considerar el primero de los emperadores de Roma (Octavio- Augusto), con el fin de exaltar a su dinastía y legitimarla, cabe preguntarse hasta que punto la segunda de las leyendas fundacionales era comúnmente aceptada o formaba parte de la propaganda oficial que acompañó al nuevo régimen ; el recién nacido Imperio. No debemos olvidar que, por su madre, Augusto descendía de los Julios, a los que, sin duda, los romanos del siglo I, seguían considerando descendientes de Eneas y por lo tanto de Venus, lo que les otorgaba, en el conjunto de las familias patricias, una aureola de superioridad sobre cualquier otra que no dejaría de influir, en cierta medida, en el ascenso del más ilustre de los miembros de aquella “ *gens* ” ; Cayo Julio César.

La leyenda les unía por lo tanto, desde sus mismos orígenes, con el admirado mundo griego del que Roma se consideró, y fue en gran medida, heredera. La influencia griega en su gestación y desarrollo como ciudad es innegable y llegaba por dos vías distintas: la influencia que la Magna Grecia ejerció en el Lacio y la contribución del misterioso pueblo etrusco al que Roma debe una parte importante de su idiosincrasia.

Independientemente de tan altos orígenes “oficiales” lo cierto es que Roma, en sus primeros años no difiere excesivamente de lo que, llevado al otro lado del Adriático, no hubiera pasado de ser una modesta “ *polis* ” griega con toda la importancia que ello podía tener, desde luego, en el contexto mediterráneo. Roma comparte con las “ *polis* ” su evolución política, la creación espontánea de instituciones y sistemas de gobierno sencillamente impensables en cualquier otro punto del planeta que no fuese la ribera norte del Mediterráneo. Como las “ *polis* ”, Roma conoció la monarquía, convertida, probablemente, en tiranía con el último de sus reyes ; Tarquinio el Soberbio, expulsado de la ciudad de la misma manera que un ateniense, sospechoso de amenazar la democracia, habría sido condenado al “ostracismo” introducido por Clístenes. Corría el año 507 a. C. y la aristocracia romana establecía una república no muy distinta, en un principio, de las “aristocracias” de Grecia. Pero Roma posee una fuerte originalidad y, a partir de aquel momento, empieza a crear un sistema de gobierno propio que cada vez se parece menos al modelo griego. Se trata de un conjunto de instituciones tendentes a compartimentar el poder mediante uno de los sistemas políticos más complejos que se haya dado nación alguna: magistraturas, asambleas y consejos que buscan, eso sí, la misma finalidad que perseguía, en aquellos momentos, la más evolucionada de las “ *polis* ” griegas: Atenas.

Y ese ideal, exclusivamente europeo, era la consolidación de la representación popular erradicando el despotismo y la excesiva acumulación de poder político en una sola persona o grupo social, propios de los imperios asiáticos. Atenas llegaría a establecer la primera Democracia de la Historia, y con ello había recorrido un largo camino: el ensayo de todos los sistemas de gobierno que Aristóteles consideró legítimos. Roma, por su parte, durante la República, creó un estado que hemos llamado patricio-plebeyo porque se basaba en un reparto de poderes entre los dos grupos que formaban la sociedad romana. Cada uno a su manera, y respetando su historia y su propia idiosincrasia, habían alumbrado las sociedades que durante siglos serían, y siguen siendo, un referente de libertad, una isla en un océano de despotismo.

Los patricios, linajes de nobleza inmemorial, unida a la misma fundación de la urbe irán perdiendo parte de su poder frente a una “*plebis*” —cada vez más segura de sí misma— que llegó a contar con un arma tan formidable como el Tribunado de la Plebe que gozaba del poder de “*intercessio mayor*” y cuyos miembros eran elegidos por el *Consilium Plebis*, que nace como contrapeso a la cámara aristocrática; el Senado.

Aquel sistema político, amparado por el “*mos maiorum*”, la constitución no escrita de Roma, (por cuya integridad velaba celosamente el Senado) fue el que convirtió a la ciudad-estado en la mayor potencia del Mediterráneo.

En cuanto a la urbe que sería llamada “la ciudad eterna”, la sede de un imperio que cambiaría la faz del mundo, se iba configurando durante la época republicana respetando, como un lugar sagrado, el viejo solar fundacional donde los reyes, desdibujados por la leyenda, habían dejado su impronta desecando gran parte de la llanura que unía las siete colinas a fin de ganar un espacio que sería el núcleo de la ciudad para el resto de su historia imperial: el Foro donde levantaron humildes construcciones (la “*Regia*”, la “*Curia Hostilia*”) que serían venerados durante siglos por los romanos como otros tantos signos de identidad, junto a los templos más antiguos ligados a la vieja religión romana, no tan similar a la griega como a primera vista podría parecer. En Roma la familia y su jefe, la propia casa familiar, tienen carácter sagrado; son el pilar de la sociedad y ello se refleja en sus divinidades: los dioses *lares* y los *penates*, que defendían las despensas de aquel pueblo de origen campesino que veneraba a sus antepasados hasta el extremo de conservar sus mascarillas que eran sacadas de sus atrios para participar en los desfiles funerarios pues toda la familia del difunto (los vivos y los muertos) debían tomar parte en sus honras fúnebres; Jano y Vesta, que protegían las puertas y el fuego de los hogares, garantizando la seguridad de las familias, refuerzan el valor de esa creencia ancestral que unía, de forma espontánea los conceptos de patria y familia. Roma era el hogar, en sentido amplio, de los romanos y por esa extrapolación Vesta y Jano velarán también por las puertas del Estado y por su fuego sagrado que aseguraba, como en el hogar, la supervivencia de sus habitantes. De ahí el prestigio y respeto general de que gozaban las jóvenes vírgenes de origen patricio que se consagraban a su culto; las vestales. Ellas ostentaban el raro privilegio de compartir con el Pontífice Máximo la *Domus Pública*, el edificio más grandioso de la ciudad, situado junto a la Vía Sacra, en pleno corazón del Foro. Entre sus atribuciones se incluía la custodia de los testamentos, en ordenados archivos, de todo ciudadano romano que quisiera, por pobre que fuese, ejercer ese derecho. No se concebía un lugar más seguro en toda la ciudad y por eso, junto a las últimas disposiciones de los que poco más que la ciudadanía poseían en éste mundo, se guardaban los testamentos que podían decidir el futuro de Roma; los de los patricios y magistrados más influyentes y, ya en época imperial, los de los mismos emperadores, donde designaban —a veces con gran secreto— a los que serían sus sucesores al frente del Imperio.

Herencia monárquica eran otras construcciones cargadas de simbolismo, que la República conservó como algo propio, digno del mayor respeto: las murallas servianas, que delimitaban el viejo solar fundacional (Foro incluido) el “*Pomerium*”, donde, por su carácter sagrado, no podían entrar, en tiempos de la República, ni

los reyes (incluidos los más fieles aliados de Roma) ni las legiones, con la única excepción de que lo hicieran para celebrar, desfilando, un “triumfo” junto al general que les había llevado a la victoria. Se trataba de alejar cualquier peligro que amenazara la estabilidad de las instituciones republicanas. Allí en el Foro se encontraban también el Foso de los Comicios donde votaban los ciudadanos, la tribuna de los *Rostra* donde los oradores se dirigían al pueblo, y el lugar donde se reunía el Senado; la vieja Curia Hostilia ya mencionada. Presidía todo el conjunto, desde la colina del Capitolio el templo de Júpiter, divinidad suprema, donde los cónsules del año celebraban sus sacrificios en su toma de posesión iniciada con una solemne procesión que se iniciaba en el Foro. Junto a Júpiter Optimus Máximus se veneraba en el Capitolio a Juno y Minerva, divinidades femeninas de origen etrusco, que con él formaban la Tríada Capitolina.

En época imperial el Foro será considerablemente agrandado y embellecido, especialmente durante los siglos I y II, gracias, de manera muy especial, a Augusto y más tarde a Trajano que invirtió en ello buena parte de los ingresos procedentes de Dacia, la nueva provincia que él incorporó al Imperio.

### 3. La expansión de Roma

Pocos pasajes de la historia universal resultan tan apasionantes como el de la expansión de Roma a la búsqueda del dominio universal. Con asombrosa confianza en sus propios destinos, y convicción absoluta de la superioridad de sus instituciones y su cultura, fueron avanzando en cortas etapas sin retroceder jamás hasta ser muy pronto respetados y temidos, cuando no odiados, por todos los pueblos de su entorno en un primer momento y de todos los que se asomaban al Mediterráneo algo más tarde. Pero antes necesitan darle cauce y forma a ese “*mos maiorum*” que comenzaba a ser insuficiente para gobernar la República, y, sin vacilar, en el 400 a. C., envían a su admirada Grecia a un conjunto escogido de juristas, que, inspirándose en aquel Derecho extranjero, redactan el primer código escrito verdaderamente romano: Las Doce Tablas, que, desde entonces limitan la actuación de los pretores y anuncian a los ciudadanos de Roma —incluidos sus gobernantes— cuales son sus derechos y obligaciones. Parte de ellos al menos. Es un comienzo humilde que denota ya una voluntad codificadora, la búsqueda de un auténtico orden social. El modelo griego, en términos jurídicos, será superado por los legisladores romanos de manera tan abrumadora que no es éste el lugar de desarrollarlo por falta de espacio, pero lo cierto es que Roma podía considerarse, durante el período republicano, uno de los primeros “estados de derecho” de la Historia.

En ese mismo siglo V a. C. Roma da su primer paso, humilde aún, hacia el dominio de su entorno geográfico y consigue presidir la Liga Latina, que le otorga la hegemonía (de nuevo una referencia griega) sobre el Lacio que la vio nacer. Su fuerza y su riqueza han crecido, y domina ya la Vía Salaria, pero esto no le pone aún a salvo del peligro de ataques exteriores. En el 386 a. C. sufre el de los galos que saquean la ciudad pero no logran tomar el Capitolio (gracias al aviso estruendoso de los gansos a quienes la ciudad honrará durante siglos por aquella muestra de fidelidad) desde donde se organiza la resistencia militar que culmina con la derrota de los invasores. No será el último de sus conflictos con el mundo celta al que cuatrocientos años más tarde terminará sometiendo y absorbiendo (romanizando) tras la conquista de las Galias.

Ya en el siglo III a. C., en el 272 exactamente, Roma unifica toda Italia, por primera vez en su historia y derrota en el Norte a sus viejos enemigos, los galos que ocupaban la Galia Cisalpina y de momento seguirán ocupándola aunque su situación se ha debilitado. En el Sur somete a las colonias griegas de la Magna Grecia, lo que representa el control de una serie de ciudades ricas y muy pobladas que supone un notable enriquecimiento para las arcas de la República. Con la doble victoria Roma se ha convertido en potencia mediterránea por lo que chocará inevitablemente con Cartago iniciándose así las Guerras Púnicas de las

que Roma saldrá siempre victoriosa y con sus dominios considerablemente agrandados, aunque la empresa no le resultó fácil ni careció de riesgos para su propia supervivencia: desde el 264 hasta el 146 a. C. estará prácticamente absorbida en la tarea de dismantelar el imperio que los cartagineses trataban de consolidar siguiendo las viejas rutas fenicias con la misma ferocidad que sus rivales emplearon en impedirlo. Era un enfrentamiento en el que una vez más estaba en juego el destino del mundo en una nueva edición del ya viejo enfrentamiento entra Occidente y Oriente representado en aquella coyuntura por los cartagineses, herederos directos del mundo púnico. Es difícil imaginar por qué derroteros habría discurrido la historia de todo el Mediterráneo de haberse producido la victoria de Aníbal pero podemos estar seguros de que en nada se hubieran parecido a lo que conocemos. El resultado final, sin embargo, fue que la propia Cartago resultó destruida, Roma estableció su dominio sobre la parte de Sicilia que aún no poseía y comenzó la conquista de España donde volvió a enfrentarse con los celtas (más o menos iberizados) en una serie de durísimas campañas que no concluirían hasta dos siglos más tarde cuando el mismo emperador Augusto estableció en Tarraco la capital provisional del Imperio para desde allí dirigirse contra los cántabros, último reducto de resistencia en la península ibérica. Para entonces el resto de España conocía distintos grados de romanización; desde las costas mediterráneas y hasta los valles del Tajo y del Ebro —donde era ya completa— hasta las zonas más norteñas de la Meseta Central donde era solo parcial.

Tras derrotar a Cartago y sin haber concluido la conquista de España, Roma se dirige hacia Oriente, disponiéndose a conquistar, siguiendo los pasos de Alejandro, los Reinos Helenísticos, empezando por el de Siria. En el 189 a. C. Roma derrota a Antíoco III, sentando las bases de su dominio en Asia que representaba el control sobre todo el oriente mediterráneo, incluido el reino de Judea. En el 168 a. C. le llegó el turno a Perseo de Macedonia, que fue llevado a Roma, y toda Grecia pasó a ser romana lo que representó un considerable aumento de la influencia helenística en la capital del Imperio que vio llegar a buen número de filósofos y sabios que desde ese momento se convirtieron en acompañantes y educadores de las clases acomodadas. Catón, alojaba en su casa a varios de éstos griegos cultos que fueron sus amigos y confidentes durante muchos años. Algo que, a partir del siglo I a. C. , no era ni mucho menos excepcional y que terminó convirtiendo a la Roma imperial en algo que recordaba cada vez más a uno de aquellos reinos helenísticos que los romanos habían conquistado, lo que resultó ser un arma de doble filo ya que mientras los intelectuales se familiarizaban progresivamente con las sublimes creaciones artísticas de su admirada Grecia, los viejos valores de la Roma republicana, de recias raíces campesinas, aristocráticas y guerreras, entraron en una crisis larvada cuyos efectos se verían mucho más tarde. Aquel proceso de helenización cultural de las élites no fue el menor de los factores que desencadenaron aquella crisis. Pero aún la vieja urbe siguió alumbrando personajes capaces de aumentar el número de sus provincias en territorios mucho más adversos por impermeables a la cultura greco-latina que en otros casos allanaba el terreno a la conquista.

El más preclaro representante y heredero de aquella gloriosa tradición, Julio César, que ya miraba hacia el futuro de su patria, preparando un decisivo cambio político, conquistaba, en solo una década, el gran reducto celta de Europa ; las Galias. Solo en las costas del Sur existían importantes bases romanas, ya Toulouse les pertenecía también, y era el centro de un rico territorio romanizado. El resto del país estaba poblado por tribus valientes hasta el extremo de preferir la muerte a la rendición, como lo habían sido sus hermanos de España, pero también como aquellos, incapaces de unirse ante el enemigo común. Solo a última hora logró Vercingetórix aunar todas sus fuerzas para tratar de detener al que habían ya reconocido como el más temible enemigo que había pisado su suelo. Fue en balde ; en el 49 a. C. César dominaba todas las Galias y preparaba su regreso a Roma donde la clase política le temía más que a los mismo galos. La vieja cultura de los druidas desaparecía para siempre y con asombrosa rapidez la romanización avanzaba hacia el Norte atlántico, misterioso y salvaje, llevando su acerbo cultural a un conjunto de pueblos, anclados en la Edad de Hierro, que le eran totalmente extraños.

El último de los reinos helenísticos en ser incorporados al Imperio fue Egipto, donde aún sobrevivía lo esencial de su antiquísima cultura cuando Augusto —de nuevo Augusto— ocupó todo el valle del Nilo, que el Senado le ofreció como regalo, pasando a formar parte del patrimonio imperial. Esto sí que era el final: sin Faraones (aunque fuesen de origen macedonio desde hacía ya más de doscientos años) su venerable civilización que tantos traumas había superado no podía seguir existiendo ; se abría un vacío espiritual tan grande que solo el cristianismo podría llenar a partir del siguiente siglo.

Lo cierto es que finalmente, en el 31 a. C., todos los países del Mediterráneo formaban parte del Imperio romano. Por primera vez todos aquellos territorios, herederos de grandes civilizaciones y dueños de una historia tres veces milenaria, constituían una unidad política y empezaban a compartir, desde el Egeo hasta las Columnas de Hércules, una cultura homogénea. Con razón los romanos podían, a partir de entonces, llamar a aquel mar *Mare Nostrum*.

#### 4. El múltiple legado romano

*Diste una misma patria a pueblos muy distantes,  
a los salvajes les fue útil tu yugo,  
Y al hacer que los vencidos participaran de tus leyes  
Urbe hiciste lo que antes era orbe.  
(Rutilio Namaciano, poeta galo-romano del S.V)*

El resultado del proceso que llamamos romanización fue la creación de un espacio político, cultural y espiritual común a todos los países ribereños del Mediterráneo, que, desaparecido el Imperio y perdida por lo tanto la unidad política, se ha mantenido a través de los siglos en muchos aspectos hasta la actualidad, con excepción de los territorios que, a partir del siglo VII, el Islam fue conquistando y mantiene en la actualidad con dos excepciones, ambas en territorio europeo: la parte de España que llegó a ocupar (Al-Andalus), y Grecia.

Ese legado es la proyección en el tiempo del espíritu romano, formado, a partes iguales de pragmatismo y altos ideales. El primero de esos componentes les llevó a destacar como ingenieros —militares y civiles— y urbanistas insuperables. El segundo les llevó a mantener su patriotismo a ultranza por encima de los distintos sistemas políticos vinculado a un claro sentimiento de superioridad que les hizo ser plenamente conscientes de que su dominio aportaba progreso, en todos los órdenes, a los pueblos que sometía. Es innegable que Roma logró con sus calzadas, viaductos y puentes crear una red de comunicaciones que unía como nunca antes lo habían estado a todos los pueblos del Mediterráneo mientras agrupaba a la población en ciudades concebidas según el modelo de sus campamentos militares y organizadas, ya desde su diseño, con la máxima racionalidad. Sus adelantos —cloacas, pavimentación, baños públicos— junto a los espacios reservados al esparcimiento —teatros, circos, bibliotecas— unidos a un nuevo concepto de la vivienda, proporcionaban a los ciudadanos lo que hoy llamaríamos una calidad de vida inimaginable antes de su dominación.

En el terreno literario, por hablar solamente de un aspecto de su cultura, Roma no ha dejado de ser fuente de inspiración en Occidente hasta la actualidad. No se concibe la comedia europea sin Plauto, cuya obra ha sido guía y modelo , a lo largo de los siglos, para autores como Ariosto, Shakespeare y Molière, por citar solamente algunos de los más importantes. De igual manera la poesía —y no solo la épica— surgida en Europa durante la Edad Media y el Renacimiento tiene una deuda innegable con Virgilio, como reconocía el

mismo Dante, y con Catulo —el gran poeta del amor— tan admirado por los humanistas del siglo XV como por los escritores románticos del XIX.

Roma no ha dejado nunca de estar presente en el pensamiento occidental, porque, sin entrar a analizar lo que en nuestro inconsciente colectivo conservamos de romanos, periódicamente en Occidente vuelve a ser considerada como modelo de las artes —en el Renacimiento y a finales del XVIII de forma evidente— o de los sistemas políticos como en la Revolución Francesa cuyos protagonistas, mientras trataban de destruir el autentico legado romano, el más profundo, buscaban en la Roma pagana las instituciones que hicieran gobernable el nuevo estado y recuperaban la magistratura consular como expresión del ideal republicano, ignorando la inmensa distancia ideológica que les separaba de aquella República aristocrática y eminentemente tradicional. Pero rescataban de su memoria dos de sus características que sí les convenía recuperar: el imperialismo y la preponderancia militar en la vida política que en Roma no se dio durante la República sino bien entrado el Imperio.

Pero hay otro elemento de ese gran legado que permanece vivo y no sido manipulado ni puede serlo por la claridad con se expresó desde sus orígenes: El Derecho. Ni antes ni después se ha elaborado un sistema jurídico que lo supere. Esa es la razón por la que aún hoy para los que quieren ser abogados siga siendo una de las materias que tienen que conocer necesariamente, pues es fuente de los ordenamientos, en mayor o menor medida, de la mayor parte de los países occidentales.

En Roma aparecen los profesionales del Derecho , los “jurisconsultos”, que contribuyeron a una mayor racionalización de la vida jurídica. En lo que sobrevivía del mundo romano, el Imperio bizantino, ya en el siglo VI, Justiniano acomete la ingente tarea de recoger todo el Corpus Iuris Civilis en sus magnas obras , el Digesto, las Instituta (publicadas ex-profeso para facilitar la labor de los estudiosos) y el *Compendium*, recuperado, en el siglo XI, por la Universidad de Bolonia. Transcurrido más de un milenio desde su aparición, sigue siendo materia de estudio demostrando, como ningún otro de sus componentes, que el legado de Roma sigue vivo y goza de excelente salud.

## 5. La plenitud de los tiempos

*Milenaria ciudad: leche de loba  
tienen los labios que pronuncian firmes  
la plenitud católica del dogma.  
(Agustín de Foxá. De su “Canto a Roma imperial”)*

Pero el último legado de Roma fue también el más trascendental. La rápida difusión del Cristianismo fue posible gracias a las grandes rutas con las que el Imperio había unido a todo el Mediterráneo mientras lo convertía, de paso, en un espacio urbanizado y cohesionado por la lengua y la cultura. Hay que tener en cuenta también la crisis de valores de la sociedad romana —denunciada por el propio Augusto que trató de atajarla por todos los medios con pobres resultados por cierto— que, iniciada en los estertores de la República, alcanzaba, en los siglos de la evangelización, proporciones tan preocupantes, que anunciaba ya un cambio religioso que vendría a llenar el abismo que se abría ante ella y que los emperadores que decretaban las persecuciones trataban de atajar con la máxima crueldad.

Nada es casual o fruto del azar en los designios de la Providencia divina, como no lo fue, por supuesto, que el Verbo se encarnara en Judea (tal como habían anunciado los profetas), precisamente cuando el antiguo reino

de David se encontraba bajo dominación romana. La Encarnación, además, tuvo lugar cuando la República, sobrepasada por sus conquistas, daba paso a un Imperio que consolidaba su poder para quinientos años más y la romanización del Mediterráneo era ya una realidad cultural que se extendía por tres continentes de forma imparable. Es precisamente el censo ordenado por Augusto lo que lleva a María y José a la escogida Belén, la ciudad de David, donde tenía que nacer el Mesías, hecho central de la historia humana.

Durante toda su vida en la tierra, Cristo no llegó a traspasar los confines del Imperio. Nace, crece y trabaja ; predica , se manifiesta como el Salvador, sufre su Pasión y muerte de Cruz, redimiendo al género humano, sin haber salido de las provincias romanas de Judea, Siria y Egipto.

Después de Pentecostés sus discípulos, cumpliendo el mandato de Jesús, que Pablo supo interpretar como ninguno en cuanto a la universalidad de su mensaje, comienzan a recorrer el Mediterráneo llevando la Buena Nueva a “ todas las gentes “. El Cristianismo desborda el mundo judío donde nació y fue perseguido por vez primera para pasar a Europa. San Pablo es llevado a Macedonia por el espíritu de Jesús y muy pronto se fundan las comunidades de Efeso y Corinto.

Tampoco fue casual que Pedro, primer jefe de la Iglesia, se estableciera en Roma donde encontraría el martirio, como San Pablo, en la primera de las persecuciones, decretada por Nerón en el 65 de nuestra era. Eliminados los dos pilares de la Iglesia naciente bien pudieron creer los sucesivos emperadores que la que consideraron peligrosa secta del Judaísmo tenía sus días contados, y sin embargo, dos mil años mas tarde, la Sede apostólica sigue estando allí... El Cristianismo se extendía entre todas las clases sociales empezando por las urbanas de donde pasaría a los campesinos posteriormente. “*La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos*“ dice Tertuliano que veía nacer entre los creyentes de los primeros tiempos el ideal del martirio ante el desconcierto de la sociedad pagana. Considerados siempre como una amenaza por los emperadores de mentalidad más conservadora, los cristianos tuvieron que soportar, durante más de dos siglos, un total de diez persecuciones cada vez más devastadoras, “locales” (en la capital del Imperio) hasta la cuarta inclusive y “generales” (en todas sus provincias) a partir de la de Septimio Severo, en el 203, hasta la de Diocleciano cien años más tarde. Esta última fue también la peor, la más larga y cruel de todas ; el último intento del paganismo, cada vez más desacreditado, por imponerse sobre la única religión con la que era totalmente incompatible. Pero la evangelización del Imperio era ya un fenómeno imposible de detener y el porcentaje de cristianos entre sus habitantes había ido siempre en aumento, a pesar de todos los obstáculos que encontraban. Nunca en la historia una religión perseguida desde sus mismos orígenes y sin emplear medios coactivos de ningún género, ha conseguido imponerse sobre la religión “ oficial “ del Estado. Si se considera que en éste caso, además, el estado en cuestión era, en aquel momento, la primera potencia mundial llegaremos a la conclusión de que estamos ante un fenómeno al que todavía no se ha dado una explicación aceptable sino se contempla desde la Fé.

A mediados del siglo III, en el 256 exactamente, al Sínodo celebrado en Cartago asisten hasta 87 obispos africanos, lo que pone de manifiesto la solidez de la Iglesia en las provincias más meridionales del Imperio cuando todavía la actitud del Estado era de absoluta hostilidad ; no había transcurrido un año desde la clausura del Sínodo cuando el emperador Valeriano ordena la octava de las persecuciones, en la que murió, por cierto, el cuarto de los Papas que sufrieron el martirio: San Sixto.

En vísperas de la persecución de Diocleciano, que incluye entre sus innumerables mártires a otro Papa (San Marcelo), se reúne en España el Concilio de Elvira (Granada) al que acuden 19 obispos y 24 presbíteros que representan a 37 comunidades cristianas, la mayor parte establecidas en la Bética, la más romanizada de todas las provincias hispanas, cuna de los Antoninos. Ya en el 314, cuando Constantino el Grande acababa

de poner fin a las persecuciones mediante el edicto de Milán, tiene lugar, en el sur de las Galias, el Concilio de Arles en el que se encuentran representadas las comunidades cristianas de Britania ; Londres y York.

Se abre el período de la Iglesia Triunfante con el primero de los emperadores cristianos, Constantino, creyente con toda probabilidad, como hijo de Santa Elena, desde muy joven, aunque su conversión definitiva se produjera, al menos de forma oficial, tras la batalla del Puente Milvio. No se limitó a poner a los cristianos a salvo de nuevas persecuciones sino que se involucró realmente en la consolidación de la Iglesia convocando el Concilio de Nicea (325) cuya finalidad era fijar la doctrina sobre la Santísima Trinidad, rechazando la herejía de Arrio. El emperador apoyaba decididamente el cristianismo católico y trataba, desde el poder, de preservar la unidad de la Iglesia en la que veía no solamente la institución fundada y querida por Cristo sino además un factor de cohesión social que Roma necesitaba con urgencia para poner fin a su ya larga crisis. La ciudad fundada por él como segunda capital del Imperio y que perpetuaría durante mil años su nombre, Constantinopla, es una segunda Roma, donde la novedad es que nunca existieron los templos paganos. Habían pasado solamente 20 años desde que se desencadenara la última de las persecuciones y la situación espiritual se había invertido de manera casi oficial (para que lo fuera del todo habrá que esperar al emperador Teodosio), pero lo cierto es que antes de las decisivas medidas tomadas por Constantino, el cristianismo era ya la religión más pujante del Imperio.

El mundo de cultura greco-romana al que los evangelizadores traían la Buena Nueva revelada por Cristo, era heredero de una trayectoria filosófica que no debía ser ignorada por lo que muy pronto aparecen los primeros autores cristianos que, superando la simple Apologética, y , concedores profundos de la obra de los principales filósofos del mundo clásico, Platón y Aristóteles sobre todos los demás, emprenden la ardua tarea de aunar fe y razón. De éste esfuerzo admirable nace la Patrística cuyos autores, los Padres de la Iglesia, proceden al estudio de la filosofía griega desde la Revelación, estableciendo coincidencias entre ambas realidades que merecían ser destacadas y divulgadas. San Justino Mártir, ya en el siglo I, considera a la filosofía como una preparación para el conocimiento profundo de la verdad, última y definitiva, contenida en el Evangelio. Dios habría hecho intuir a los grandes filósofos de Grecia y Roma una parte de la Verdad que la Revelación vendría a culminar, finalizando el proceso histórico por el que Dios se manifiesta a la humanidad a través de su Unigénito.

Como última demostración de la unidad mediterránea alcanzada con Roma vemos como, desde los lugares más distantes del Imperio, surgen la voces de aquellos Padres Latinos y Griegos. En Alejandría —la antaño brillante capital del reino helenístico de Egipto— destacan Orígenes (mártir en la persecución de Decio, en el 250) y los santos Cirilo, Epifanio y Atanasio y en Constantinopla, el que fuera su Patriarca; San Juan Crisóstomo, muerto en el 407. En la parte occidental del Imperio desarrollaron su labor los llamados Padres Latinos (según la división tradicional, cada vez más controvertida): San Ireneo de Lyon, originario de Esmirna, y mártir en la persecución de Septimio Severo, en el 203 ; el galo-romano San Ambrosio, obispo de Milán, que impuso al emperador Teodosio una penitencia pública ; el dalmata San Jerónimo, padre del movimiento eremítico ; el más grande de todos: San Agustín, un romano de Africa, autor de la obra cumbre de toda la Patrística, “ La ciudad de Dios “. Y, por último, cuando ya el Imperio dejaba de ser una realidad política en Occidente , invadido su territorio por los germanos, surge aún la figura de un gran Papa, San Gregorio Magno, que conoció la gran alegría de la conversión de Recaredo, que significaba que todas las antiguas provincias hispanas, convertidas entonces en Reino Visigodo de España se proclamaban nuevamente católicas —en realidad nunca dejaron de serlo— de manera oficial al abandonar el arrianismo sus dominadores germanos.

Con la caída del Imperio Romano, y más aún con la irrupción del Islam en el Norte de Africa y en la Europa occidental, la unidad del Mediterráneo desaparecía irremediablemente. Lo que conocemos como

Antigüedad Tardía es un período que prolonga la historia de Roma, enlazando el Bajo Imperio con la Europa de los Reinos Germánicos y concluye violentamente en el 711 cuando las tropas de Tariq derrotan, en Guadalete, a las del último de los reyes godos de España ; Rodericus.

En aquella España visigoda había surgido, dos siglos antes la gran figura de San Isidoro, obispo de Sevilla, de origen hispano-romano, que trató de preservar, en sus "Etimologías", todo el saber del mundo clásico del que los reinos germánicos fueron, en muchos sentidos, continuadores. La obra de San Isidoro constituye uno de los puentes que el mundo romano construía hacia la Edad Media y su herencia será recogida por Carlomagno que realizará, doscientos años más tarde uno de los proyectos culturales más ambiciosos del obispo hispalense: la creación de las Escuelas Catedralicias, origen de las universidades europeas, precisamente las instituciones, que junto con la Iglesia, conservaron el mejor legado de Roma.